

Conducción: el ritual del gesto

Imma Prieto



Imaginar cómo el fragmento fue parte de otra composición, una que respondía a otro corpus de imágenes y memorias, otra que contenía otros tiempos que fueron sacudidos tras la explosión. Un segundo para la eternidad cambiante, un instante que aniquila el presente y funda un tiempo nuevo sin saber, impulsos que no responden a nada conocido y, aun así, se saben parte de un ritual no escrito. Se reconocen y son parte de una concatenación de gestos que se erigen con el duelo: no en él o a través de él, con él, no el individual, sino el colectivo.

El gesto que funda una nueva entidad iconográfica requiere de un espacio temporal, ese que junto al duelo nos acompaña y nos hace. En la sucesión de acciones que conciben y crean, hallamos nuevos ritmos que componen la melodía del paisaje que está por llegar. Una cadencia sonora, visual, textual. Toda fragmentación genera un ritmo y el ritmo dispone coreografías, texturas poéticas que nos llevan de una idea a otra, de una nota a otra, de una imagen a otra. Esas ideas sonoras y visuales crean el ritual de gestos coreográficos que permanece invisible tras la creación. Sin él, no hay nada, pero es en él, dónde tiene lugar la conducción. La conducción es un concepto que suele utilizarse de forma común en ciencia y, en particular, responde al concepto acuñado a raíz de las intervenciones musicales que Lawrence D. 'Butch' Morris realizaba, entre los años 1947 y 2013, utilizando procesos de libre improvisación, algo que puede parecer reiterativo, pero que, en este caso, no lo es.

Visualizar cómo algo inmaterial se expande y toca. Un roce, una vibración que cala y transforma. Un movimiento de cuerpos, tiempos e imágenes reunidos en la creación. Entre un cuerpo y otro dispuestos a la escucha se da la conducción, un sistema que permite que todo siga danzando con un ritmo propio. No es un orden, es una pulsión rítmica que no responde a protocolos, sino a una respiración orgánica y, sobre todo, libre. En esa libertad podemos encontrar la creación compartida. Instantes e imaginarios propios, quizá olvidados, reaparecen, así compartimos experiencias propias de un pasado, pero también, tiempos y paisajes ajenos que nos habitan sin conquistar. Solo se funden cuando elevamos a otro estadio esa coreografía invisible que responde políticamente al deseo y al amor. Frecuencias que se reordenan y nos ordenan, esto nos puede acercar a ideas extrañas, sobre todo, si atendemos a la inversión de órdenes

preconcebidos. Elena del Rivero ha creado estos *collages* y ha erigido banderas apátridas, pero sin duda, sus trabajos la han creado también a ella. Pero volvamos a esa coreografía que funda y gesta, a ese movimiento que precede a la obra. Regresemos al instante en el que se alza la mano que danza. Imaginar ese baile íntimo entre piel y objeto, baile destinado a la escritura, textual, visual o musical.

El duelo es, ante todo, el reconocimiento de un amor, como decíamos, pero también el movimiento generado tras la destrucción. Una destrucción que no cesa, como la historia o nuestra propia historia. Instantes en convulsión entre un periodo de actividad destructora y el siguiente. Así seguimos avanzando, desde la guerra del Vietnam, al atentado de las Torres Gemelas o a la actual guerra de Ucrania. En silencio e impasibles ante una realidad que se desmorona. Por ello, el gesto deviene voz y todo suceso genera un imaginario particular, toda experiencia vivida se acompaña de imágenes, algunas impuestas y otras que están por llegar, son estas últimas las que se encarnan en la conducción. Sería un lugar casi en suspensión, un espacio en el que se encuentran ritmos y poéticas diversas, dispuestas en una coreografía común.

Imaginar de nuevo qué hay entre un gesto y otro, justo antes de la hendidura y la sutura, justo antes de la melodía escuchada. Atender al movimiento, *motus* que roza la batuta y la aguja, una y otra en sintonía con la piel. Un espacio invisible a todos y solo atendible desde la proyección visual que imaginamos. En esa conducción repleta de memorias, a través de algunos trabajos de Elena del Rivero, como los *collages-assemblages* u otras obras relacionadas con *Cartas a la madre*, *Letters from Home* o las recientes *Fragments of my ruin*, y en algunas de las piezas sonoras de Butch Morris, como, *Current Trends in Racism in Modern America (A Work in Progress)* o *Conduction 188* o *Conduction 174*, se da el duelo que habitamos todos y se crea espacio, lugar para romper la linealidad del tiempo que destruye. Levantar la mano es habitar y hacer duelo, es alzar la voz, es contestar desde una presencia coral. Es dejarse habitar para después compartir diciendo a través de la escritura múltiple. Coreografías invisibles que constituyen el ritual, frecuencias y recuerdos, la pulsión primera, el amor, como en esta *Love Song* que la artista nos brinda, una melodía que es lenguaje en todas sus encarnaciones, signo, nota, grafía y, sobre todo, amor.

Nos vamos a permitir imaginar un sonido, uno más, el de la aguja que se adentra en la tela o el papel, el de la batuta acariciando el aire o el de la mano batiendo una atmosfera que espera. Imaginamos ese diálogo de elementos compartidos, como aquí y ahora, fragmentos de otros

componiendo un paisaje que habitamos todos. Es ahí, en esa coreografía invisible, en la que la conducción creada por Butch Morris, roza y permea el fragmento de Elena del Rivero y viceversa.

Elena del Rivero ha generado nuevas partituras, composiciones constituidas en y desde el fragmento, un palimpsesto de memorias que crean comunidad e imaginario colectivo. Cada obra se nutre de gestos previos y genera coreografías que nosotros podemos intervenir desde el pensamiento compartido. Todos estos trabajos se acompañan y son constelaciones que componen su imaginario vital. En este espacio estelar resuenan otras voces, otros movimientos internos y sociales. En el espacio que hoy nos acoge, se presentan en diálogo constante pasajes íntimos y revueltas colectivas, todos forjan su escritura visual. Imágenes, palabras, sonoridad, espacios, este universo nos sobrevuela y nos toca. Sin ese roce necesario no tendría lugar el movimiento que propicia la conducción, que, en palabras del compositor, *viene a ser un vocabulario universal en el que la música deviene lenguaje*, compuesto de gestos y cadencias, de fragmentos y memorias de un ritual colectivo.

Algunos de los fragmentos que componen estos *collages* formaban parte de otros trabajos que se encontraban en el suelo de su antiguo estudio, situado en la calle Cedar de Nueva York, el día que tuvo lugar el atentado del World Trade Center, el 11 de septiembre de 2001. Podríamos imaginar que, meses después, tras recoger los fragmentos, se escuchaba a Butch Morris en alguna estancia de la ciudad. Sintonías que cohabitan y propician frecuencias procedentes de retazos casi olvidados. Interesa apuntar a ese gesto previo y posterior a algo, interesa pensar juntos en esa conducción universal. Conviene atender a los paisajes generados, al ritual que los envuelve y permite que seamos *con*, a ese emparejamiento de imágenes, ritmos e historias, a esa simultaneidad que propicia la performatividad del ritual.

09.01.2023

LOVE
SONG